

La evolución institucional de la ciencia política: la dimensión internacional

JOHN COAKLEY

Director del Instituto de Estudios Anglo-Irlandeses

Departamento de Política,

University College Dublin, Irlanda.

PROBLEMAS EPISTEMOLÓGICOS

Introducción

El siglo XX ha recibido el calificativo de “siglo de las ciencias sociales” –el período en el que esta rama específica del saber alcanzó plena madurez intelectual y amplio reconocimiento político e institucional (Wagner, 1999). Sin duda, los últimos años del siglo XX ofrecieron la oportunidad de realizar un balance general de los cambios ocurridos en las distintas ciencias sociales, al cumplirse el 50. aniversario de la creación de varias organizaciones internacionales de estudiosos de esas ciencias –entidades que representan disciplinas como la economía, la ciencia política y la sociología–, así como el cincuentenario –en 2002– del Consejo Internacional de Ciencias Sociales (véanse Platt, 1999; Coakley y Trent, 2000; Platt, 2002).

Esta conjunción de efemérides no es casual. Si nos remontamos al origen de estas instituciones, llegamos a finales de la década de 1940, al mundo en ruinas de la posguerra. Pero esos años sombríos fueron testigos de un empeño idealista del que sería difícil hallar un parangón en décadas posteriores. La Unesco, que era entonces una organización nueva, imbuida de un evangélico optimismo acerca de la capacidad del saber para mejorar la suerte de la humanidad, se aplicó a la tarea de servir de comadrona –a veces de madre– de un conjunto de organizaciones académicas internacionales y las sostuvo durante años, hasta que estuvieron en condiciones de sobrevivir por sus propios medios.

Este trabajo tiene por objeto examinar los orígenes institucionales de una de estas entidades, la Asociación Internacional de Ciencias Políticas (AICP), pero, en vez de limitarse a narrar la historia de la institución, este artículo analiza algunos temas más amplios, relacionados con el contexto de su nacimiento. Se empieza por situar la creación de la AICP en tres contextos: el de la evolución intelectual de la disciplina, el de su avance en cuanto tema de estudio reconocido de rango universitario, y el del crecimiento y la consolidación de los órganos académicos profesionales (estos últimos fueron de dos tipos: las asociaciones nacionales de ciencias políticas, que tenían un interés directo en la creación de la AICP, y las uniones académicas internacionales que sirvieron de modelo). A continuación se consideran brevemente los factores que determinaron de manera inmediata la fundación de la AICP, la evolución de su estructura y la ampliación del ámbito de las actividades que ha patrocinado.

La evolución de la ciencia política como disciplina intelectual

Las historias de la ciencia política subrayan abundantemente las raíces antiguas de esta disciplina. Por ejemplo, las diversas ediciones del texto clásico *A history of political theory*, de George Sabine, dedican la mayor parte de su contenido al período que va de 1500 a 1900, pero en el resto del libro se presta más atención a la Antigüedad y al Medioevo que al

siglo XX (Sabine, 1963). El profundo legado de la Antigüedad resulta evidente, incluso cuando trascendemos los límites de la teoría y entramos en el estudio empírico de los fenómenos políticos: un prestigioso resumen panorámico de la ciencia política publicado hace poco comienza, claro está, con Platón y Aristóteles (Almond, 1996).

A pesar de este impresionante linaje intelectual y del profundo impacto de la tradición del pensamiento filosófico-político, el desarrollo de la ciencia política en su forma actual es un fenómeno inequívocamente contemporáneo¹. Hasta bien entrado el siglo XX su identidad fue insegura y su rango académico estuvo sujeto a impugnaciones de diversa intensidad en distintas regiones del mundo. A finales de la década de 1940 la posición de la ciencia política en el mundo académico era todavía precaria. Un estudio de la época indicaba que las diversas tradiciones nacionales podían agruparse en cinco escuelas principales (Salvadori, 1950: 7-9; Royama, 1950: 314-315, 318):

- La escuela estadounidense, caracterizada por su apertura a las metodologías de otras ciencias sociales, en particular la psicología, especialidad que entonces efectuaba la transición del institucionalismo al conductismo (en Estados Unidos, el Oriente Cercano y ciertas zonas de Asia, como China).
- La escuela británica, inserta en la filosofía de la moral, pero que se estaba independizando lentamente (en el Reino Unido y la mayoría de los países de la Commonwealth, incluida la India).
- La escuela francesa, basada en la tradición del derecho romano (en Francia, Europa meridional y América Latina).
- La escuela alemana, que tenía su origen en el derecho constitucional y administrativo, y que evolucionaba hacia el estudio sistemático del Estado (en Alemania, Austria y algunas naciones aledañas, como los Países Bajos y las naciones escandinavas, y el Japón).
- La escuela soviética, que se caracterizaba por el enfoque analítico marxista-leninista y que comprendía fundamentalmente una rama de la sociología, basada en la economía política (en la Unión Soviética y otros países bajo influencia comunista).

Aunque esta clasificación, como cualquier otra generalización, incurre en una simplificación excesiva de la realidad, posee una importancia peculiar por las circunstancias en que se formuló (un importante estudio

1. El análisis de los textos excedería el marco de este trabajo; además de las obras citadas en este artículo, se han publicado varios estudios interesantes sobre la historia de la disciplina –y estudios de estos estudios; ejemplos abundantes y muy complementarios de estos últimos figuran en Farr (1988), Dryzek y Leonard (1988) y Viltard (1999), que a su vez presta gran atención a los trabajos de Farr y de Dryzek y Leonard (1995).

por sus colegas estadounidenses y europeos) a temas como la teoría del Estado, los regímenes y Estados autoritarios, las transiciones a la democracia, la economía política, los aspectos políticos de la dependencia y los sistemas mundiales. En los años recientes, en particular el renacimiento de Asia, ha trascendido los límites de la economía, hasta alcanzar a la investigación en materia de ciencias sociales, por lo cual no debe subestimarse la importancia de las contribuciones independientes realizadas al estudio de la democratización, la economía política y la mundialización.

La ciencia política como asignatura académica

Aunque el estudio de la política en forma académica precedió en varios siglos al nacimiento de las universidades en Occidente, su introducción en los planes de estudio como asignatura diferenciada sobrevino lentamente (Ridley, 1975). De las cuatro “facultades” de que constaba la universidad medieval (teología, medicina, derecho y filosofía), había por lo menos dos de las que se podría considerar que abarcan el estudio de las formas de gobierno y la política (también podría postularse de una tercera, la teología, pero su evolución posterior no fomentó el estudio formal de la ciencia política).

La Facultad de Derecho tuvo necesariamente que adentrarse en el estudio de las instituciones de gobierno y de su fundamento en los textos jurídicos y los usos sociales. Con el paso del tiempo, en algunas universidades el estudio de los principios de la jurisprudencia y del derecho constitucional y administrativo evolucionó, hasta alcanzar la categoría de ámbito académico autónomo, con el nombre oficial de “política”. En términos generales, esta evolución siguió dos trayectorias: en las zonas de lengua alemana de Europa central, la “teoría general del Estado” (*allgemeine Staatslehre*) surgió relativamente pronto, a partir de los estudios de derecho y en conexión con los sucesos y las necesidades políticos contemporáneos, y esta corriente llegaría a constituir el núcleo del estudio moderno de la política (Adamovich, 1950a: 23-31); en Francia, como en otros países donde predominaba la tradición del derecho romano, el estudio de la vida política estaba subordinado al del derecho y, aunque quizás avanzó en el marco de otras disciplinas, como la historia y la sociología, a mediados del siglo XX aún se encontraba en un estado de subdesarrollo evidente. Todavía a finales de la década de 1940 Raymond Aron podía sostener enfáticamente que “en Francia no existe la ‘ciencia política’ en singular” (Aron, 1950: 50; véase también Kopelmanas, 1950: 647). De hecho, el vínculo entre la ciencia política y el derecho siguió siendo muy estrecho en la mayoría de los países latinos hasta finales del siglo XX, y sólo en las décadas recientes se ha creado cierto número de

departamentos de ciencia política independientes de las Facultades de Derecho de donde proceden. A pesar de esta filiación formal, en algunos casos, como en varias universidades de Brasil, la ciencia política se desarrolló en el marco de las Facultades de Filosofía (Menezes, 1950: 228).

Sin duda, las Facultades de Filosofía, gracias a su enfoque multidisciplinario, eran una segunda sede del estudio de la política, aunque en ellas el desarrollo de departamentos de ciencia política independientes fue un proceso lento. A medida que las universidades crecían en tamaño y complejidad y se creaban cátedras de una gama cada vez más amplia de materias, otras disciplinas, como los idiomas, las matemáticas y la historia, fueron las primeras en alcanzar un reconocimiento oficial. Incluso la economía, la sociología y la antropología avanzaron con más rapidez en ese terreno que la ciencia política durante el siglo XIX. Existía la tendencia a considerar que el estudio de la política formaba parte de la filosofía moral, aunque a veces, como en Canadá, tuviera un vínculo muy estrecho con la economía (Keirstead y Watkins, 1950: 171; Stein y Trent, 1982). En un sentido diferente, una nueva modalidad de la economía teórica albergó la interpretación de la política que llegó a conocerse como “materialismo histórico”, rumbo característico que siguieron los estudios de la política en los países bajo control comunista (Schaff y Ehrlich, 1950).

La historia de la creación de los departamentos de ciencia política refleja esta pauta de reconocimiento tardío de la autonomía de la disciplina en el mundo universitario. Es cierto que en la Universidad de Leiden, en los Países Bajos, se empezó a enseñar ciencia política de manera formal en 1613 y que varias cátedras de esta asignatura se crearon poco después (Daalder, 1991). Así mismo, en la Universidad sueca de Uppsala se fundó una cátedra de Oratoria y Política en 1622 y la Åbo Akademi (en aquel entonces en Suecia y en la actualidad en Finlandia) creó en 1640 una cátedra de Política e Historia (Anckar, 1987). Mas sería difícil sostener que los contenidos académicos de la época tenían mucho en común con los departamentos de ciencia política contemporáneos.

En la segunda mitad del siglo XIX aparecieron los primeros embriones de departamentos de ciencia política, en parte por haberse fundado nuevas universidades, que trataban de otorgar reconocimiento a unas materias que consideraban grávida de modernidad y pertinencia social. Por ejemplo, en Dublín, la nueva Universidad Católica de Irlanda (en la actualidad, el University College Dublin) fundó en 1855 una cátedra de “Ciencia Política y Social” que, de manera típicamente católica, se transformó en Departamento de “Ética y Política” en 1908. A partir de la década de 1840 la “política” empezó a adquirir un sentido más moderno en Uppsala (Ruin, 1982). La disciplina empezó a desarrollarse en muchas partes de Suecia: en 1889 se creó una cátedra de Historia y Ciencia Política en Lund, y en 1901 se fundó en Gotemburgo otra de Ciencia Política

(Anckar, 1991). En Bélgica se crearon en 1893 Escuelas de Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Católica de Lovaina y en la Universidad Libre de Bruselas (Frognier y de Winter, 1991). En la Alemania de antes de la Primera Guerra Mundial y por doquier en Europa, el estudio de los fenómenos políticos realizó avances considerables bajo otros rútilos, como el de sociología. Pero la realidad es que el típico departamento de ciencia política europeo de la época actual se forjó esencialmente en el siglo XX. Todavía a finales de la década de 1940 no había en el Reino Unido ni un solo departamento de política (Cole, 1950).

Si bien los avances de la disciplina en las universidades estadounidenses pronto eclipsarían su desarrollo en Europa, también en ese país los estudios políticos mostraron cierta tendencia a retrasarse con respecto a otras materias en cuanto a su reconocimiento oficial en el sistema universitario. En este sentido, resulta ilustrativo recordar con cuánta lentitud se desarrolló la disciplina, incluso en Estados Unidos: en 1857 se inauguró la primera cátedra de Historia y Ciencia Política en la Universidad de Columbia; en 1868 se creó en la Universidad de Cornell un Departamento de Historia, Ciencias Sociales y Políticas; el primer programa de graduados en Estudios Históricos y Políticos en la Universidad Johns Hopkins data de 1876; cuatro años después se creó en la de Columbia la primera escuela de estudios de posgrado en Ciencia Política. Más tarde se fundaron departamentos de ciencia política autónomos en Columbia (1903), Illinois y Wisconsin (1904) y Michigan (1911); en 1914, 200 de las 531 universidades existentes ofrecían cursos de ciencia política y 40 tenían departamentos independientes de esta especialidad (Ricci, 1984; 59-61). Este desarrollo es asombroso si se compara con el de Europa, la región del mundo que, en conjunto, es la que más se asemeja a Estados Unidos en la evolución de la disciplina.

Por último, es importante recordar que el estudio formal de la ciencia política podía así mismo realizarse en instituciones extrauniversitarias. Si bien los estudios académicos de política pueden ser de gran interés para los profesores y de cierto interés para el público en general, el estudio del funcionamiento del Estado y de sus órganos tenía un valor práctico para los funcionarios. Por eso en nada sorprende que la fascinación del siglo XIX ante los conocimientos útiles llevara a la creación de instituciones educativas destinadas en gran medida a la formación profesional. Con esta idea en mente se fundó en París en 1872 la Escuela Libre de Ciencias Políticas (que en 1945 tendría continuidad en la Fundación Nacional de Ciencias Políticas y el Instituto de Estudios Políticos). La Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres (LSE) se creó en 1895, siguiendo ese modelo y, a su vez, estas dos escuelas sirvieron de modelo a nuevas instituciones fundadas después en otros países, por ejemplo, la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas de Lausana, Suiza, en 1902; la Escuela

Superior de Política de Berlín, en 1920; y la Escuela para el Estudio de los Problemas Políticos y Sociales (que luego se llamaría Escuela de Economía de Praga), creada en la capital checa a finales de la década de 1940 (Klöti, 1991; Kastendiek, 1987; Škaloud, 1995). La preocupación predominante en la LSE por las cinco “E” —educación, economía, eficiencia, igualdad (*equality*) e imperio (*empire*)— resumía en forma adecuada el espíritu de la época, pero, como su homóloga de París, su ámbito de estudio se extendía a todo el abanico de las ciencias sociales y no se limitaba a la política, en el sentido moderno del término (Dahrendorf, 1995).

El contexto institucional

El tercer contexto que debe tenerse en cuenta al examinar la historia de la AICP es el de las asociaciones antecesoras, que modularon los primeros años de su evolución. Estas instituciones pueden agruparse en dos categorías: la primera es el conjunto de las asociaciones nacionales de ciencia política que la precedieron y que contribuyeron a su fundación, y las que luego surgieron como organizaciones nacionales o regionales de investigadores (algunas creadas con su apoyo), la mayoría de las cuales estableció relaciones oficiales con la AICP; la segunda es el conjunto de las asociaciones académicas mundiales que habían empezado a surgir en el siglo XIX, pero que en realidad se difundieron en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial (Meynaud, 1956).

Antes de la Segunda Guerra Mundial el lento desarrollo de la ciencia política se reflejó en la precariedad de las iniciativas que se tomaron a fin de crear asociaciones profesionales de politólogos en diversos países. En realidad, la mayoría de los países carecían de organizaciones que agruparan a los politólogos que trabajaban en las universidades. En esos casos, podía haber otros medios de establecer contactos estructurales entre los profesores que se dedicaban al análisis de los fenómenos políticos. Una de estas modalidades es la del grupo que se consagra a la formulación de políticas, como la Sociedad Fabiana, de orientación progresista (1884), y el más conservador Planeamiento Político y Económico (1931), ambos creados en Gran Bretaña (Robson, 1950)³. Debe señalarse también que incluso en esa fase tan temprana hubo otras instituciones interesadas por esta disciplina, como el Instituto Australiano de Ciencia Política (1932) (Tatz y Starr, 1982). Un segundo foro lo constituyeron las asociaciones académicas de espectro más amplio, en las cuales los politólogos eran minoría: por ejemplo, la Sociedad de Juristas de Viena, fundada en el período de entreguerras (Adamovich, 1950b). Un tercer modelo es el de las asambleas académicas que se celebraban de manera esporádica, por ejemplo, el Congreso de Ciencia Política, en París en 1900 (Laponce,

3. Esta última institución se reorganizó en 1978 para formar el Policy Studies Institute.

2000), y el Congreso Escandinavo de Ciencia Política, en Estocolmo en 1930 (Håstad, 1950: 151).

El reducido número de asociaciones nacionales de politólogos que precedieron a la AICP conforma, pues, una lista más sorprendente. Aparece encabezada por la Asociación Estadounidense de Ciencia Política (1903) y forman parte de ella la Asociación Finlandesa de Ciencia Política (1935) y la Asociación India de Ciencia Política (1938), a las cuales debemos añadir la Asociación Canadiense de Ciencia Política, que se creó como entidad interdisciplinaria (1913) pero que más tarde (en 1968) se transformó en una asociación de politólogos exclusivamente. Los conflictos políticos habían propinado un severo golpe a la Asociación China de Ciencia Política, creada en 1932, pero la reconstrucción de posguerra facilitó la fundación de nuevas agrupaciones, como la Asociación Japonesa de Ciencia Política, en 1948, y la Asociación Francesa de Ciencia Política, en 1949.

El fermento intelectual del período posterior a la Segunda Guerra Mundial y la impresión cada vez más arraigada de que era preciso fundar organizaciones nacionales que fomentaran la cooperación internacional, dieron por resultado la creación de numerosas asociaciones nacionales de ciencia política. Algunas surgieron justo antes del nacimiento de la AICP. Otras se fundaron poco después: así, las asociaciones de los Países Bajos, Israel, Pakistán, Polonia, Suecia, Suiza y el Reino Unido vieron la luz en 1950; las de Austria, Bélgica, Alemania y Grecia, en 1951; y las de Australasia, Brasil e Italia, en 1952. Las organizaciones de los países de régimen comunista se crearon un poco más tarde: en Yugoslavia (1954), la Unión Soviética (1960), Checoslovaquia (1964) y Bulgaria, Hungría y Rumania (1968), la de Polonia existía ya desde 1950. La legitimidad de la disciplina en el mundo comunista se vio reforzada por el congreso que la AICP celebró en Moscú en 1979.

Además de las asociaciones citadas, muchas de las cuales se crearon por iniciativa de la AICP, surgieron otras agrupaciones de politólogos en el resto del mundo, aunque sólo algunas habrían de perdurar. Con el paso del tiempo, también se fundaron entidades de carácter regional. Dos de éstas, la Asociación Africana de Ciencia Política (1973) y la Asociación de Ciencia Política de Asia y el Pacífico (creada en 1983) se incorporaron a la AICP como miembros colectivos. Otras, como la Asociación Escandinava de Ciencia Política (denominación que cobijaba a un grupo de entidades nacionales cuya vinculación era bastante laxa) y el Consorcio Europeo para la Investigación Política (1970) quedaron al margen del ámbito oficial de la AICP.

El modelo seguido por las federaciones académicas internacionales lo proporcionaron las diversas entidades que surgieron en las ciencias naturales o en disciplinas que tenían un importante componente de éstas. Dichas instituciones tempranas estaban compuestas, por lo general, por miembros a título individual y se caracterizaban por la índole práctica de

sus objetivos. Algunos ejemplos próximos a las ciencias sociales fueron el Instituto Internacional de Estadística (1885) y el Congreso Internacional de Psicología (1889); en el período de entreguerras surgieron la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (1928) y la Unión Internacional de Ciencias Administrativas (1930; Marshall, 1964).

Aunque la Unesco prestaría atención especial a la ciencia política, desempeñó un papel importante al fomentar la colaboración internacional y estimular la formación de federaciones académicas internacionales en otras disciplinas. Este enfoque fue una consecuencia del interés del primer director general de la organización, Julian Huxley, en promover las ciencias sociales al mismo tiempo que las ciencias naturales, mediante el patrocinio de numerosos programas autónomos (Sewell, 1975: 113-117). Al igual que hizo con la ciencia política, la Unesco dio prioridad en 1949 a la economía, la sociología y el derecho comparado, y en 1950 a la psicología. El resultado fue la subsiguiente creación de la Asociación Internacional de Economía (1949), la Asociación Internacional de Sociología (1949), la Asociación Internacional de Ciencias Jurídicas (1950) y una versión renovada de la Unión Internacional de Psicología Científica (1951).

La Unesco fue más allá de promover los contactos internacionales, también se esforzó por estimular la comunicación interdisciplinaria, para lo cual, una vez que el número de federaciones académicas internacionales alcanzó una masa crítica, procedió a fundar un ente coordinador de las ciencias sociales. El resultado fue la creación, en 1952, de una organización que todavía hoy vincula a las principales federaciones internacionales de ciencias sociales y que pronto llegó a ser el principal canal de comunicación entre ellas y la Unesco: el Consejo Internacional de Ciencias Sociales.

De lo que se ha expuesto, de ningún modo debe deducirse que existiese un espacio virgen disponible para una asociación internacional de ciencia política que la AICP pudiera ocupar sin obstáculo alguno. Antes bien, es preciso consignar la existencia de dos entidades que, en otras circunstancias, hubieran podido reorganizarse para ocupar el territorio que la AICP acabó por considerar propio de ella.

La primera entidad era el Instituto Internacional de Civilizaciones Diferentes, un ente privado muy dinámico, consagrado al progreso de las "ciencias políticas y morales"; su nombre completo, bastante revelador, era Instituto Internacional de Ciencias Políticas y Sociales en sus Aplicaciones a Países de Civilizaciones Diferentes (Incidi) (Unesco, 1956B). Una de las claves para comprender la escala de valores del Instituto puede hallarse en el nombre que recibió originalmente al fundarse en 1894: Instituto Colonial Internacional, una institución integrada por expertos de países que tenían imperios coloniales y que contaba con el respaldo de gobiernos coloniales (Unesco, 1950c).

La segunda entidad era el Instituto Internacional de Historia Política y Constitucional, fundado en 1936 y rebautizado después de la guerra con el nombre de Academia Internacional de Ciencias Políticas e Historia Constitucional (Unesco, 1950b). Aunque entre sus vicepresidentes había comparatistas distinguidos, como Crane Brinton y Boris Mirkin-Guetzévitch, y se esforzó por aparecer como un centro cuyo eje de interés lo conformaban las corrientes predominantes de la ciencia política, es evidente que sus raíces estaban en la comunidad académica de los historiadores.

La fundación de la AICP

Si el contexto en que se concibió la AICP fue el conjunto de cambios que acontecieron en esta disciplina y en sus aspectos académicos en la esfera internacional, la circunstancia inmediata fue una evidente conjunción de intereses de sus dos socios fundadores: el empeño ambicioso e idealista de alcanzar la paz mundial por parte de una organización mundial encargada de la educación y la ciencia, la recién creada Unesco, llena de vigor juvenil, y el interés preciso y práctico por el marco general de la disciplina de un grupo internacional de politólogos visionarios.

Los primeros pasos encaminados a la creación de la AICP tuvo un comienzo modesto en el Departamento de Ciencias Sociales de la Unesco, que designó a la ciencia política como disciplina de importancia excepcional, a raíz de lo cual la Conferencia General de la Organización, reunida en la Ciudad de México en los meses de noviembre y diciembre de 1947, aprobó la siguiente Resolución:

5.5 Métodos empleados en los trabajos sobre las ciencias políticas.

Se encarga al director general: 5.5.1 Que promueva un estudio sobre los temas y los problemas tratados por expertos en ciencias políticas de diferentes países especializados en material de investigación reciente (publicaciones científicas y libros de texto de alto nivel), sobre los diferentes puntos de vista adoptados para emprender las investigaciones, sobre los métodos, las técnicas y la terminología que se hayan empleado, y sobre el volumen de las publicaciones efectuadas recientemente en el dominio de las ciencias políticas (Unesco, 1949c).

Aunque el Departamento de Ciencias Sociales expuso las razones que lo habían llevado a escoger la ciencia política en lugar de cualquier otra ciencia social como su primer objeto de evaluación (entre otras, el subdesarrollo de esta disciplina, a consecuencia de sus orígenes muy recientes, y su falta de unidad, debida a las divergencias de enfoques nacionales), había un motivo aun más poderoso, que merece una cita *in extenso*, porque llegaría a ocupar un lugar primordial en el programa de la AICP y porque su enunciado refleja vívidamente el ambiente en que se originó la asociación:

Otro factor que de la elección del Departamento de Ciencias Sociales se menciona al final, aunque es el más importante para los grupos cívicos y para el propósito fundamental de la Unesco: la preservación de la paz mediante la cooperación intelectual. Entre las muchas razones por las cuales los seres humanos se han matado entre sí, generando sufrimientos indescriptibles (los más terribles son muy recientes y por eso es innecesario detallarlos), están las motivaciones puramente políticas. Lo mismo si estas razones han desempeñado un papel primario que secundario, la tensión actual entre los países –y en el interior de muchos de ellos– está vinculada de manera íntima a fenómenos que los politólogos deben llegar a conocer y comprender... Tanto si la educación vigente es capaz de atravesar las brumas que ocultan la realidad de los fenómenos políticos como si no lo es, el deber específico de los politólogos es disipar esas brumas. Con el proyecto sobre los “Métodos de la ciencia política” la Unesco ha tratado de poner su grano de arena, por modesto que sea, en la construcción de una importante sección del complejo edificio del saber humano (Unesco, 1949c: 28 y 29).

El resultado concreto de la iniciativa de la Unesco fue un proyecto transnacional muy ambicioso, dirigido por William Ebenstein, profesor de ciencia política en la Universidad de Princeton, Estados Unidos, quien comenzó a trabajar en la Unesco en febrero de 1948. En este preciso momento un gran número de politólogos empezó a aportar su concurso a la iniciativa. Se invitó a expertos en ciencia política de todo el mundo a que presentaran informes sobre el estado de esta especialidad en sus países respectivos o sobre aspectos específicos de estos últimos, según un marco de trabajo detallado, que constaba de tres secciones principales: contenido, metodología y terminología. En total se recibieron 84 informes, de los cuales se publicaron 51. Estos informes reflejaban una tendencia que llegaría a ser duradera en el estudio de la ciencia política y, en realidad, de todas las ciencias sociales: el vigor excepcional de que gozaban en Occidente (53 informes procedían de Europa y trece de América del Norte y sólo 18 de las demás regiones del mundo –cinco de América Latina, cinco de Oriente Medio, cuatro de Asia y cuatro de Oceanía–). Así mismo, ya se hacían esfuerzos para mantener un equilibrio geopolítico entre los bloques (doce de los trabajos procedían de países con regímenes comunistas o donde este tipo de gobierno estaba en vías de consolidación), y el predominio del inglés era mucho menos acusado de lo que llegaría a ser años después (se presentaron 38 informes en inglés, 31 en francés, seis en alemán, cinco en castellano, tres en italiano y uno en noruego)⁴.

4. Según los cálculos que figuran en la lista de informes recogida en Unesco (1950a): 658-62.

Aun antes de que los informes se publicaran, se produjo otro acontecimiento importante: una conferencia “no oficial” celebrada en la sede de la Unesco en París, en septiembre de 1948, para debatir algunos aspectos metodológicos del proyecto. En esta reunión se concibió la AICP, y las decisiones que allí se tomaron tuvieron consecuencias fundamentales. Tres de ellas merecen un examen más detallado, ya que ejercieron un impacto duradero en la vertebración de la ciencia política en la esfera internacional.

La primera decisión fue una clara exposición de la necesidad de lograr la colaboración entre las naciones en esta disciplina y su justificación como imperativo intelectual específico, que quedó definido en la declaración aprobada por la conferencia:

La ciencia política se desenvuelve en un marco nacional. En cada sitio ha recibido el sello que le han impuesto las tradiciones históricas, el modelo educativo, el régimen constitucional, la estructura social y las ideas filosóficas particulares del país en cuestión. En cierta medida, estas variaciones están justificadas. Cada politólogo recibe del medio en que vive los problemas que estudia y las ideas rectoras de su pensamiento. Pero aun así, debe tener conciencia de su especificidad, para evitar el doble riesgo del aislamiento y el prejuicio. El objetivo de la cooperación internacional en esta esfera no consiste en remplazar la diversidad de temas y métodos con un método objetivo único. Los métodos jurídicos, históricos, filosóficos, sociológicos, psicológicos y estadísticos se han aplicado sucesivamente con buenos resultados al estudio de las ideas y las instituciones políticas; además, los temas de estudio difieren mucho de un país a otro. El propósito de la cooperación es ayudar a cada politólogo a familiarizarse con los avances que la ciencia política realiza en otros países, para ampliar sus horizontes y facilitar la comprensión mutua (Unesco, 1949c: 29 y 30).

La segunda decisión fue, en esencia, una definición de los parámetros de esta disciplina y un esfuerzo por clasificar sus especializaciones. Se llegó al acuerdo de que el término “ciencia política” (en singular; en Francia y en el resto del mundo solía emplearse el plural, “ciencias políticas”, de carácter más general) era la denominación apropiada de esta disciplina y, si bien la definición de “ciencia” quedó sujeta a debate, se consideró que “política” abarcaba un conjunto de ámbitos bastante precisos, que se definieron y clasificaron como sigue:

I. Teoría política:

- 1) la teoría política; 2) la historia de las ideas políticas.

II. Instituciones políticas:

- 1) la Constitución; 2) el gobierno central; 3) los gobiernos locales y regionales; 4) la administración pública; 5) las funciones económicas y sociales del gobierno; 6) las instituciones políticas comparadas.

III. Partidos, grupos y opinión pública:

- 1) los partidos políticos; 2) los grupos y las asociaciones; 3) la participación de los ciudadanos en el gobierno y la administración; 4) la opinión pública.

IV. Relaciones internacionales:

- 1) la política internacional; 2) la organización y la administración internacionales; 3) el derecho internacional (Unesco, 1949c: 30).

Lo más evidente de esta lista es su perdurabilidad como principio de organización de la disciplina en el marco de la AICP (y, de hecho, en otros aspectos importantes, al margen de esta entidad). Ha sobrevivido hasta el día de hoy con pequeñas modificaciones (en particular, la inserción de un nuevo primer acápite sobre los métodos y un último sobre los estudios nacionales y regionales), y constituye el sistema de clasificación de la publicación *International Political Science Abstracts*.

La tercera decisión fue la que tuvo consecuencias políticas de más largo alcance. Se decidió convocar una conferencia de politólogos que habría de celebrarse en 1949, con el fin de crear una asociación internacional de ciencia política para fortalecer los lazos culturales en esta disciplina. Se designó un pequeño comité organizador, que tuvo a su cargo los preparativos de la conferencia en colaboración con la Unesco. Sus miembros originales fueron Walter Sharp (Estados Unidos, presidente), John Goormaghtigh (Bélgica, secretario), Raymond Aron (Francia) y William Robson (Reino Unido), a quienes luego se sumaron Angadipuram Appadorai (India) y Marcel Bridel (Suiza) (Unesco, 1949b).

Las perspectivas de poner en marcha con éxito la nueva asociación aumentaron de modo considerable cuando en la reunión de su Conferencia General, celebrada en Beirut en 1948, la Unesco decidió que el nuevo director general de la Organización promoviera iniciativas de este tipo y se comprometió a proporcionarles apoyo financiero. El nuevo director general, Jaime Torres Bodet, invitó a 23 especialistas a París, para la conferencia, que sesionó del 12 al 16 de septiembre de 1949. La reunión se celebró con la presidencia de Raymond Aron, con William Robson y Quincy Wright (Estados Unidos) como vicepresidentes y John Goormaghtigh como secretario. Su decisión más importante fue la adopción de la constitución de la nueva asociación. Se decidió que este documento entraría en vigor y que la AICP quedaría constituida en cuanto cuatro asociaciones nacionales hubieran aceptado incorporarse a la misma en calidad de miembros colectivos. La conferencia elaboró también un ambicioso programa de trabajo para la nueva asociación y designó un comité ejecutivo provisional de doce miembros. A su vez, este órgano eligió presidente a Quincy Wright, vicepresidentes a Marcel Bridel y Denis Brogan (Reino Unido) y a François Goguel secretario ejecutivo y tesorero

(Unesco, 1949a). La AICP en sí adquirió existencia legal poco después ese mismo año, cuando cuatro asociaciones nacionales —de Canadá, Francia, India y Estados Unidos— se afiliaron en calidad de miembros colectivos (Unesco, 1949a).

La historia posterior de la AICP es demasiado rica y compleja para resumirla aquí, pero podemos señalar algunos de sus puntos más destacados. En cuanto al aspecto institucional, la AICP comenzó su andadura como una federación de asociaciones nacionales (40 de las cuales llegarían a ser miembros colectivos) y evolucionó hasta llegar a ser un ente mucho más complejo, con algo más de 100 miembros “asociados” o institucionales (por lo general, facultades universitarias, institutos o centros de investigación) y algo más de 1.000 miembros a título personal. Sin embargo, constitucionalmente la organización sigue dependiendo en alto grado de las asociaciones nacionales, que son sus elementos básicos, y esta realidad se refleja en la composición de su comité ejecutivo. Este rasgo ha facilitado tanto la preservación del equilibrio regional internacional en el órgano rector (una característica de importancia particular durante la Guerra Fría, para preservar los vínculos con los países del bloque comunista) como la elección periódica de presidentes oriundos de las distintas regiones⁵.

Al igual que ocurre con otras organizaciones análogas, la actividad principal de la AICP es la celebración de un congreso mundial. Al año siguiente de su fundación, en 1950, la AICP organizó su primer congreso mundial en Zurich, conjuntamente con la nueva Asociación Internacional de Sociología. Dos años después organizó un congreso aún mayor en La Haya. Desde entonces celebra cada tres años un congreso de estas características; al principio siempre se realizaban en Europa: Estocolmo (1955), París (1961), Ginebra (1964), Bruselas (1967) y Munich (1970). El primero que se llevó a cabo en otro continente tuvo por sede la ciudad de Montreal, en 1973. Luego volvió a Europa (Edimburgo, 1976) y tres

5. La lista de los presidentes refleja la amplitud del predominio occidental en los años iniciales, pero esta situación cambiaría después: Quincy Wright (Estados Unidos, 1949-1952); William A. Robson (Reino Unido, 1952-1955); James K. Pollock (Estados Unidos, 1955-1958); Jacques Chapsal (Francia, 1958-1961); D. N. Chester (Reino Unido, 1961-1964); Jacques Freymond (Suiza, 1964-1967); Carl J. Friedrich (Estados Unidos, 1967-1970); Stein Rokkan (Noruega, 1970-1973); Jean Laponce (Canadá, 1973-1976); Karl Deutsch (Estados Unidos, 1976-1979); Candido Mendes (Brasil, 1979-1982); Klaus von Beyme (Alemania, 1982-1985); Kinhide Mushakoji (Japón, 1985-1988); Guillermo O'Donnell (Brasil, 1988-1991); Carole Pateman (Estados Unidos/Reino Unido, 1991-1994); Jean Leca (Francia, 1994-1997); Theodore J. Lowi (Estados Unidos, 1997-2000); Dalchoong Kim (Corea del Sur, 2000-2003).

años después se efectuó por primera vez en Europa oriental, en Moscú (1979). A partir de ese año sólo se ha realizado dos veces más en Europa (París, 1985, y Berlín, 1994), y los demás se han celebrado en América del Sur (Río de Janeiro, 1982, y Buenos Aires, 1991), en América del Norte (Washington, 1988, y Quebec, 2000) y, por vez primera, en Asia (Seúl, 1997) y África (Durban, 2003). Por supuesto, la AICP organiza reuniones de otro tipo en el período que media entre uno y otro congreso mundial. La mayoría de estas reuniones son obra de sus comités de investigación, que en los años recientes han llegado a ser unos cuarenta.

El resultado más visible del trabajo de la AICP lo constituyen sus publicaciones. En los primeros tiempos su principal actividad era la organización de congresos, en vez de la publicación. Para editar e imprimir revistas profesionales que sirvieran a las necesidades de esta disciplina, la AICP dependía de sus miembros colectivos, las asociaciones nacionales de ciencia política, y de otros intermediarios, pero con el paso del tiempo lanzó su propia colección de libros. En esos años la AICP podía contar con la revista trimestral de la Unesco, el *International Social Science Bulletin*, fundado en 1949, tanto para informar de su evolución institucional como para publicar las ponencias que se presentaban en los congresos. A partir del volumen 11 (1959) el *Bulletin* adoptó el título de *International Social Science Journal*. [N. del T. Desde 1978 aparece también en castellano con el nombre de *Revista Internacional de Ciencias Sociales*.] Al no tener una revista propia, la AICP distribuía primero el *Bulletin* y luego el *Journal* a sus miembros individuales a un precio módico, como uno de los privilegios de afiliación. Sin embargo, en 1977 la AICP comenzó a editar su propio boletín y en 1980 lanzó con carácter trimestral la *International Political Science Review*, que ha llegado a ser una publicación importante en la materia. Pero el mayor éxito de la AICP en este campo han sido los *International Political Science Abstracts*, que empezaron a publicarse en 1951 y que ahora aparecen seis veces al año. Estos compendios se han convertido en una base bibliográfica fundamental de esta disciplina (desde 1995 están disponibles también en CD-ROM y en la actualidad, son accesibles por la Internet).

Conclusión

Sería excesivo definir a la AICP simplemente como una organización que surgió de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, las circunstancias que rodearon su nacimiento eran políticas, en el sentido más cabal del término, y los horrores de la destrucción material y humana de buena parte del mundo, unidos a la estupefacción ante la inhumanidad que se había hecho patente en el núcleo mismo del poder político, todavía estaban frescas en la mente de cuantos participaron en su fundación. Como señaló su primer presidente, Quincy Wright, en la reunión inaugural de la nueva entidad:

Las condiciones que han determinado la creación de nuestra asociación son la corrupción de la política por tiranías inhumanas y la guerra total, que han tenido, y todavía podrían tener, consecuencias desastrosas para el mundo entero. El propósito inspirador de nuestra asociación es eliminar estas corruptelas, mediante la aplicación universal del método científico a los problemas políticos (Wright, 1951: 276).

Resulta difícil imaginar un programa más arduo o un objetivo más noble. El presidente Wright era el primero en admitir la vastedad del empeño. Continuó su discurso con una pregunta que muchos se habían formulado una y otra vez durante medio siglo, y que seguiría repitiéndose aún medio siglo después, sin que se haya llegado a un acuerdo sobre su respuesta: “¿Es posible el estudio científico de la política?”. Para Wright y sus colegas visionarios la respuesta consistía en rechazar la incompatibilidad entre el arte y la ciencia.

La orientación de buena parte de la labor posterior de la AICP podría hacer creer que la asociación había perdido de vista su grandioso objetivo. Después de todo, la constitución de que se dotó definió sus propósitos de manera mucho más modesta y su trabajo cotidiano reflejó una preocupación más explícita con el desarrollo institucional de la organización que con la marcha hacia la paz mundial. Se estimuló la creación de asociaciones nacionales de ciencia política, se promovió el diálogo y el debate en congresos mundiales y mesas redondas de menor entidad, se organizaron servicios bibliográficos y de publicación de resúmenes y se llevaron a cabo esfuerzos sistemáticos para conformar un foro de publicación que facilitara la comunicación entre los politólogos. A medida que la asociación maduraba, iba creándose una impresionante red de grupos de estudio y comités permanentes de investigación y comenzó la publicación de una revista que pronto llegó a ser una referencia de máximo prestigio en esta disciplina.

En la ejecución de estas tareas la AICP marchó por un sendero que ya habían recorrido muchas organizaciones académicas internacionales, y su historia posterior demuestra que ha alcanzado un éxito excepcional entre la comunidad mundial de profesores e investigadores que constituyen su base específica de sustentación. Es posible que otras fuerzas mundiales que actuaron a largo plazo coadyuvaran a quebrar las barreras que obstaculizaban la comunicación internacional, pero, sin duda alguna, la AICP contribuyó a acelerar el proceso. Es posible que algunos de los avances importantes de esta disciplina hayan sido consecuencia del trabajo de diversas redes académicas, pero la AICP puede atribuirse buena parte del crédito por haber facilitado y alentado la tarea. Los hallazgos de las investigaciones emprendidas por la ciencia política podrían haber encontrado fácilmente otros dispositivos que les propiciaran una difusión amplia, pero

la AICP promovió desde sus inicios la idea de realizar publicaciones, y sigue editando una base de datos única e indispensable, los *International Political Science Abstracts*. La influencia de la AICP en el desarrollo intelectual de esta disciplina, que se consolidó en las décadas de 1950 a 1970, quizá resulte ahora más difícil de detectar, pero no es menos poderosa por ejercerse discretamente.

Por supuesto, sería a la vez injusto e inexacto desconocer el papel de otras instituciones en la promoción de los ideales que la AICP sustenta. Además de compartir muchos de sus objetivos con organizaciones análogas en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades, la AICP lo ha hecho también con entidades de índole mucho más amplia. Por las razones antes expuestas, ha mantenido desde sus inicios una relación particularmente cálida con la Unesco y con el Consejo Internacional de Ciencias Sociales. Mas otro tanto puede decirse de organizaciones de alcance más reducido –al menos en el aspecto geográfico–: las asociaciones nacionales de ciencia política han desempeñado un papel muy grande en la creación y el mantenimiento de la AICP. Muchas de ellas poseen un grado de organización profesional que supera a cuanto podría esperarse de la AICP y se ocupan de las necesidades de comunidades de politólogos mucho más homogéneas, cuya composición nunca será comparable con la variedad de los miembros de la AICP. Algunas, como la Asociación Estadounidense de Ciencia Política, tienen carácter internacional, tanto por sus afiliados como por su influencia. Pero la AICP sigue desempeñando en la ciencia política internacional el mismo papel que las Naciones Unidas ejercen en la política mundial: el de una organización necesaria para la preservación del equilibrio interregional y que garantiza la posibilidad de que sus miembros más modestos puedan al menos expresar sus opiniones, en plano de igualdad con los más poderosos.

Este análisis nos aleja de los pronunciamientos idealistas de Quincy Wright que cité antes. El hecho mismo de poder realizar esta transición con tanta facilidad es de por sí bastante elocuente: muchos de los horrores que gravitaron sobre la conciencia de los fundadores de la AICP son ahora un recuerdo lejano, aunque algunos conflictos recientes apuntan a que ciertas formas de miopía contribuyen a ese reflujo. Lo cierto es que han disminuido las probabilidades de que estalle un conflicto mundial entre los Estados y las generaciones recientes de politólogos han centrado su atención en asuntos más prosaicos. Sin embargo, algunos acontecimientos recientes nos recuerdan que todavía pueden sobrevenir conflictos pavorosos, que incluso podrían asumir la forma de un “choque de civilizaciones”. Si ponemos estos conflictos en el lugar que ocuparon las guerras de principios del siglo XX, las palabras del primer presidente, evocadoras de su impresión ante un cuadro de la Pinacoteca Vieja, de Munich, destruida

durante la guerra, constituyen un resumen apropiado de un desafío esencial y permanente:

Me impresionó una notable pintura de Tintoretto, que representa a Marte tratando de inmiscuirse en la dicha doméstica de Venus y Vulcano. La mitología clásica reconocía cierta relación entre la guerra, de una parte, y el amor y la industria, de la otra... El estudio científico de Marte conduce a la ciencia política; el de Venus y Vulcano, a la demografía y la tecnología. Si la razón es capaz de someter a Venus y moderar el crecimiento de la raza humana..., ¿podría también someter a Marte y limitar los conflictos, inevitables entre los diversos valores, culturas y políticas de los grupos humanos, reduciéndolos a métodos que permitiesen a la sociedad humana universal sobrevivir, prosperar y progresar? Ese es el problema de la ciencia política (Wright, 1951: 280).

FECHA DE RECEPCIÓN: 30 / 03 / 2004

FECHA DE APROBACIÓN: 08 / 07 / 2005

Referencias

- Adamovich, L. 1950a. "The science of the state in Germany and Austria", en Unesco (1950a).
- 1950b. "The sciences of the state as taught in Austria", en Unesco (1950a).
- 1990. "Separate tables: schools and sects in political science", en *A Discipline Divided: Schools and Sects in Political Science*. Newbury Park: Sage.
- Almond, G. A. 1996. "Political science: the history of the discipline", en Goodin y Klingemann (1996).
- Anckar, D. 1991. "Nordic political science: trends, roles, approaches", *European Journal of Political Research*, 20(3-4).
- 1987. "Political science in the Nordic countries", *International Political Science Review*, 8(1).
- Andrews, W. G. (Comp.). 1982a. *International Handbook of Political Science*. Westport, CT: Greenwood Press.
- 1982b. "Introduction: freaks, rainbows and pots of gold", en Andrews (1982a).
- Appadorai, A. 1950. "Political science in India", en Unesco (1950a).
- Aron, R. 1950. "Political science in France", en Unesco (1950a).
- Barents, J. 1961. *Political Science in Western Europe: A Trend Report*. Londres: Stevens.
- Coakley, J. y Trent, J. 2000. *History of the International Political Science Association, 1949-1999*. Dublín: Asociación Internacional de Ciencias Políticas.
- Cole, G. D. H. 1950. "The study of politics in British universities", en Unesco (1950a).
- Daalder, H. 1991. "Political science in the Netherlands", *European Journal of Political Research*, 20(3-4).
- Dahrendorf, R. 1995. *LSE: A History of the London School of Economics and Political Science, 1895-1995*. Oxford: Oxford University Press.
- Dryzek J. S. y Leonard, S. T. (Comps.). 1995. *Political Science in History: Research Programs and Political Traditions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1988. "History and discipline in political science", *American Political Science Review*, 82(4).
- Durand, M. F. y Quermone, J. L., (Comps.). 1996. *Political Science in Europe. Final Report* [disponible en <http://www.epsnet.org/papers/sommaire.htm#1>].
- Easton, D. 1968. "Political science", en *International Encyclopaedia of the Social Sciences*. Londres: Macmillan, vol. 12.
- Easton, D., Gunnell, J. G. y Graziano, L., (Comps.) 1991. *The Development of Political Science. A Comparative Survey*. Londres: Routledge.
- Farr, J. 1988. "The history of political science", *American Journal of Political Science*, 32(4).
- Finifter, A. W. 1993. *Political Science: The State of the Discipline II*. Washington: American Political Science Association.
- Frogner, A. P. y de Winter, L. 1991. "The state of political science in Belgium", *European Journal of Political Research*, 20(3-4).

- Goodin, R. E. y Klingemann, H. D. (Comps.). 1996. *A New Handbook of Political Science*. Oxford: Oxford University Press.
- Håstad, E. 1950. "Swedish political science", en Unesco (1950a).
- Jinadu, L. A. 1987. "The institutional development of political science in Nigeria: trends, problems and prospects", *International Political Science Review*, 8(1).
- Kastendiek, H. 1987. "Political development and political science in West Germany", *International Political Science Review*, 8(1).
- Kazancigil, A. y Makinson, D. (Comps.). 1999. *World Social Science Report 1999*. París: Unesco Publishing/Elsevier.
- Keirstead, B. S. y Watkins, F. M. 1950. "Political science in Canada", en Unesco (1950a).
- Klöti, U. 1991. "Political science in Switzerland", *European Journal of Political Research*, 20(3-4).
- Kopelmanas, L. 1950. "Teaching and organization of research in the field of political science in France", en Unesco (1950a).
- Laponce, J. 2000. "Notes in search of a paper to commemorate the fiftieth anniversary of IPSA", *Participation*, 24(1).
- Marshall, T. H. 1964. "International cooperation in the social sciences", en *Reports and Papers in the Social Sciences*, n° 21, París: Unesco.
- Martinotti, G. 1999. "The recovery of western European social sciences since 1945", en Kazancigil y Makinson (1999).
- Menezes, D. 1950. "Political science in Brazil during the last thirty years", en Unesco (1950a).
- Merritt, R. L. y Hanson, E. 1989. *Science, Politics, and International Conferences. A Functional Analysis of the Moscow Political Science Congress*. Boulder, CO: Lynne Rienner.
- Meynud, J. 1956. "International cooperation in the field of social science", en Unesco (1956b).
- Newton, K. 1991. "The European Consortium for Political Research", *European Journal of Political Research*, 20(3-4).
- Platt, J. 1999. *A brief history of the ISA, 1948-1997*. Madrid: Asociación Internacional de Sociología.
- 2002. *Fifty Years of the International Social Science Council*. París: Consejo Internacional de Ciencias Sociales.
- Ricci, D. M. 1984. *The Tragedy of Political Science: Politics, Scholarship, and Democracy*. New Haven: Yale University Press.
- Ridley, F. F. 1975. *The Study of Government: Political Science and Public Administration*. Londres: George Allen y Unwin.
- Robson, W. A. 1950. "Political science in Great Britain", en Unesco (1950a).
- Royama, M. 1950. "Political science in Japan", en Unesco (1950a).
- Ruin, O. 1982. "Sweden: research", en Andrews (1982a).
- Sabine, G. 1963. *A history of political theory*. 3a. edición. Londres: George A. Harrap [1a. edición 1937].

- Salvadori, M. 1950. "The Unesco project: Methods in political science", en Unesco (1950a).
- Schaff, A. y Ehrlich, S. 1950. "The concept of dialectical materialism in political science", en Unesco (1950a).
- Sewell, J. P. 1975. *Unesco and World Politics. Engaging in International Relations*. Princeton: Princeton University Press.
- Škaloud, J. 1995. "The organisation of political science in the Czech Republic", *Participation*, 19(2).
- Stein, M. y Trent, J. 1982. "Canadá", en Andrews (1982a).
- Tatz, C. y Starr, G. 1982. "Australia", en Andrews (1982a).
- Unesco. 1949a. "International Political Science Association: Summary report of the constituent conference held at Unesco House, 12-16 September 1949", *International Social Science Bulletin*, 1(3/4).
- 1949b. "International political science conference 1949", *International Social Science Bulletin*, 1(1).
- 1949c. "The Unesco project: methods in political science", *International Social Science Bulletin*, 1(1).
- 1950a. *Contemporary Political Science. A Survey of Methods, Research and Teaching*. París: Unesco.
- 1950b. "The International Academy of Political Science and Constitutional History", *International Social Science Bulletin*, 2(3).
- 1950c. "The International Institute of Political and Social Sciences in their Applications to Countries with Different Civilizations", *International Social Science Bulletin*, 2(3).
- 1956b. *International Organizations in the Social Sciences*. Unesco Reports and Papers in the Social Sciences, nº 5. París: Unesco.
- 1956b. "The International Institute of Differing Civilizations", en Unesco (1956a).
- Viltard, Y. 1999. "Faire l'histoire de la science politique n'est pas neutre: à propos de *Political Science in History*", *Revue Française de Science Politique*, 49(1).
- Wagner, P. 1999. "The twentieth century, the century of the social sciences?", en Kazancigil y Makinson (1999).
- Waldo, D. 1975. "Political science: tradition, discipline, profession, science, enterprise", en Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby (Comps.), *Handbook of Political Science*. Reading, Massachusetts: Addison-Wesley, vol. 1.
- Wright, Q. 1951. "The significance of the International Political Science Association: opening address", *International Social Science Bulletin*, 3(2).